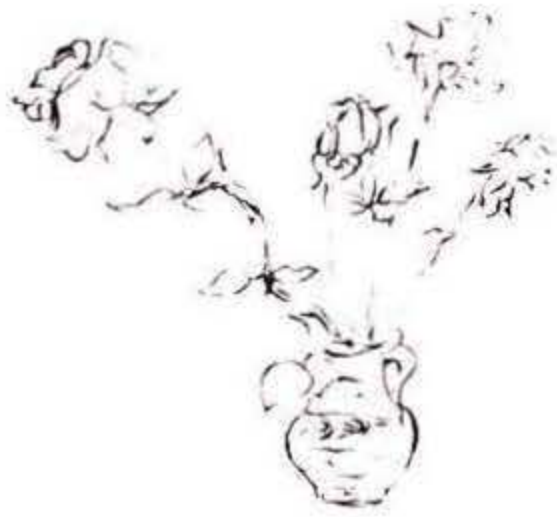


soy terrible, hasta lo más gracil y lírico, como es el caso de la definición que da de *universo* Cados Gomez, de doce años, y que sirve de título al libro: "casa de las estrellas". Esta, más que definición, es alta poesía que nos recuerda a las *kenningar* de Islandia que en buena hora nos presentara don Jorge Luis Borges.

Se necesita estar alerta y tener el espíritu dispuesto para, con un simple juego de clase, lograr atrapar todas estas maravillas, y esto es lo que ha hecho Javier Naranjo en sus cursos con niños cuya edad nunca sobrepasa los doce años.



Entre las muchas miradas que pueden arrojarse sobre este libro está también, por supuesto, alguna de carácter sociológico. Miremos lo que nos dice Pepino Nates, de once años, sobre el *espíritu*: "Es lo que se necesita para sobrevivir en la violencia", y Nelson Ferney Ramírez, de siete años, nos dice que un *borracho* "es una gente más o menos que quiere matar", mientras que Luis Fernando Ocampo, de diez años, dice que un *mafioso* "es una persona con mucha plata y no le gusta nada", y Diego Alejandro Giraldo, de ocho años, dice que *Colombia* "es un partido de fútbol". Éstas son apenas unas de las muchas perlas que encontramos y que dan cuenta de manera pasmosa de cómo nuestros niños perciben el mundo en nuestra desolada patria, y lo que están haciendo de ellos los eufemísticamente llamados "actores del conflicto". Blanca Nidia Loaiza, de once años, nos dice que *guerrilla* "es un montón de policías".

Pero hay más. Miremos algunas del género *hilarante y disparatado*: *cuero* "es en lo que nos ponemos la

ropa", nos dice Camila Mejía, de siete años, y Ana María Jiménez, de seis años, nos define la palabra *niño* así: "tiene huesos, tiene ojos, tiene nariz, tiene boca, camina y come y no toma ron y se acuesta más temprano", y para Alexander Chalarca, *odio* "es algo que por ejemplo mi amigo tiene colombina y yo no". Éstas definiciones que nos provocan risa parecen sacadas de alguna obra del teatro del absurdo. "Todo comenzó y todo habrá de terminar con la risa de los niños", sentenció Rimbaud.

Veamos apenas una muestra de estas definiciones que son versos que envidiaría haber escrito cualquier poeta; por ejemplo, Laura Escobar, de seis años, nos dice que *Dios* "es el alma de nosotros, es como si fuera un viento", y Ana Cristina Henao, de ocho años, nos regala este endecasílabo sobrecogedor, al definirnos *oscuridad*: "Es como la frescura de la noche". Aunque podemos asegurar que Julio César Giraldo, de siete años, desconoce aquello de "que es urgencia de amor que no se cura, / sino es con la presencia y la figura", parece coincidir con san Juan de la Cruz, al definirnos *presencia*: "Una muchacha presintiendo amor". Para Walter de Jesús Arias, de diez años, "Dios hizo el tiempo para que pasen los años".

Pero no se trata de aguarles la fiesta a los lectores entregándoles la totalidad de este *diccionario*, al cual habrán de recurrir una y otra vez, como se vuelve siempre a un buen libro de versos; pues este bello libro es breve (ya decíamos arriba que son apenas las primeras líneas de un libro infinito), y la idea de esta nota es llamar la atención, no sólo para que tenga numerosos lectores, sino para que éstos, a su vez, se conviertan en los propios amanuenses de los niños.

Ya he exaltado las virtudes de este libro como texto. Me gustaría observarlo como objeto. No se explica uno por qué, cuando justamente las publicaciones de la Universidad de Antioquia parecían haber abandonado esa aridez y precariedad a la que están condenadas las publicaciones universitarias e institucionales, demostrando que la limitación de

recursos no es excusa para hacer ediciones de libros aburridos y pobres en cuanto a diseño por mera falta de imaginación, nos entreguen una obra como esta, dando un paso atrás en materia editorial. Habiendo visto y aplaudido la cantidad de títulos y la calidad de los libros publicados por esta universidad, en una labor que deberían imitar otras instituciones a las que con mayor razón les correspondería esta tarea, nos encontramos con la edición muy floja del libro *Casa de las estrellas* de Javier Naranjo: esa pastica blandita, esos colorcitos desvaídos ese formático, ese papelito que se transparenta, esa diagramacioncita, esas letricas en café y cafecito, francamente dejan mucho que desear y no le hacen honor a un texto que debería ser publicado con la misma delicadeza de su contenido. Estoy seguro de que con los mismos recursos, este mismo equipo habrá de tener la posibilidad de hacer una edición, ojalá ya aumentada, como se la merece *Casa de las estrellas*.

FERNANDO HERRERA
GÓMEZ

Del diablo Serafín y el ángel Barrabás

Serafín es un diablo

Triunfo Arciniegas

(ilustraciones de Gonzalo Rodríguez)

Editorial Panamericana, Bogotá, 1998,
109 págs.

La representación del diablo que surgió en el imaginario de los pueblos antiguos, y que pervive con mayor o menor fuerza en grupos sociales de diversas culturas de la actualidad, nos remite a la figura de un macho cabrío. A veces, se trata de una criatura zooantropomorfa, con cuerpo humano y cabeza y patas de animal. En otros momentos, se le ha concebido como una bestia en la que confluyen elementos que nos remiten a reinos

diversos: sus patas negras lo relacionan con la tierra y las fuerzas oscuras que pueblan las profundidades; las escamas verdes de sus flancos lo vinculan con el agua; sus alas azules y membranosas lo asocian con los murciélagos, habitantes del aire, y, por último, la cabeza de color rojo establece una relación con las salamandras y con el fuego.

Objeto de cultos y presencia frecuente en cuentos populares de espantos y aparecidos, en supersticiones y en la narrativa de terror, este personaje ha sido también recurrente dentro de los cuentos de la literatura infantil. En la Alemania de los primeros años del siglo XVIII, los hermanos Jacobo y Guillermo Grimm, folcloristas y filólogos de reconocido prestigio, se dieron a la tarea de trasladar al lenguaje escrito los relatos tradicionales que se transmitían, de boca en boca y de generación en generación, en los campos y los pequeños poblados europeos. Dentro de esa rica narrativa de procedencia popular, que los Grimm recopilaron en los dos tomos de su obra *Kinder und Hausmärchen* (*Cuentos de la infancia y del hogar*, 1812-1822), hallamos diversos relatos donde aparece el diablo como figura protagónica. Quizá los más conocidos sean *Los tres pelos del diablo* y *El diablo y su abuelita*, narraciones que resumen muchos de los rasgos reiterados, con variantes, en otras que forman parte igualmente de ese ciclo. El diablo, en ambos textos peligroso y terrorífico, es vencido por el ingenio y el valor del héroe, quien, en franca desventaja con su adversario, cuenta, sin embargo, con la ayuda invaluable de sus auxiliares (bien sea la esposa o la abuelita del diablo).

En tiempos más recientes, escritores dedicados a la creación de textos concebidos para el público infantil han retomado la figura del diablo para utilizarla en sus ficciones, en muchas ocasiones inspiradas en los cánones de la narrativa de tradición oral. Un ejemplo de ello lo encontramos en la producción del argentino Javier Villafañe, dramaturgo, poeta y cuentista. Su pieza para títeres *El*

panadero y el diablo ejemplifica el carácter humorístico y burlón con que el personaje es incorporado a la literatura para niños, sin que por ello pierda del todo los atributos de maldad, desorden y perversión que se le atribuyen como decimoquinto arcano del Tarot. Otro tanto acontece, por citar dos ejemplos provenientes de la literatura infantil y juvenil de Cuba, en la obra teatral *Los ibbeye y el diablo*, del dramaturgo René Fernández, y en el libro de relatos *Ponolani*, de Dora Alonso. También el antioqueño Carlos Castro Saavedra recreó historias de diablos en los fascículos de su colección Chispirín (Editorial Bedout, 1958), entre ellos *Los zapatos del diablo*. Una curiosidad literaria es *El gato y el diablo*, único cuento para niños escrito por James Joyce. Pero se trata, en esos y en otros textos, de un diablo de maldad y perversión mediatizadas por lo cómico y lo burlesco, y superadas por la picardía de los antagonistas que se le enfrentan.



El autor Triunfo Arciniegas ha sumado a su amplia bibliografía destinada a los niños y adolescentes —que comprende títulos como *Los casibandidos que casi roban el Sol*, *La muchacha de Transilvania*, *La silla que perdió una pata*, *Caperucita Roja* y otras historias perversas y *El superburro*— una obra en la que el diablo aparece como personaje protagónico de diez relatos: *Serafín es un diablo*.

En este nuevo libro, reencontramos las características distintivas que han convertido a Triunfo Arciniegas en una voz con un registro personal, y fácilmente reconocible, dentro de la literatura nacional para niños y jóvenes. Están presentes la reelaboración de las estructuras propias de la oralidad, para conseguir un narrador de notoria flexibilidad y riqueza de giros, que no por ello es ajeno, sin embargo, a matices líricos; la presencia constante del humor con una variada gama de tonalidades: desde el blanco hasta el negro, sin olvidar situaciones y comentarios que lo acercan a la picaresca popular ni el gusto por lo paródico y lo burlesco; las estructuras aireadas, sin excesivas descripciones ni moralejas o reflexiones de carácter ético, que evidencian lo prioritario que resulta para el autor las nociones de *contar* y *divertir*; por último, la creación de personajes y situaciones de carácter fantástico que se insertan armoniosamente en un espacio que, si bien posee gran densidad semántica, reconocemos como familiar y cercano. Triunfo Arciniegas fabula con acierto a partir de lo extraordinario, de lo maravilloso puro, prodigándole un tratamiento que permite relacionarlo con ambientes y tipos propios de los pueblos de Colombia.

Serafín, el protagonista, recorre estos relatos y contribuye a su ilación, tiene la estampa del clásico diablo que han reiterado hasta el cansancio el cine, la televisión, los dibujos animados y las historietas: cachos, cola y tenedor. Lo singular de este diablito hay que buscarlo en su carácter, en su capacidad para el amor, la amistad y las aventuras, en la manera como se aficiona al mundo de los humanos. Porque, “pequeño, gordo y colorado, algo barrigón, con su cola de vaca y sus cachitos recién brotados”, Serafín llega a conocer la tierra y su gente y termina, a pesar de todas las advertencias de su padre, enamorado de las flores, del canto de los pájaros y de las muchachas bonitas. Convertido, al principio, en motivo de temor para los habitantes del pueblo —en especial de las beatas—, pasa a ser un héroe cuando

captura a tres bandidos que asaltan un banco y se transforma en un personaje popular, digno de admiración.

Al primer relato, *Serafín, el diablito*, donde se nos ofrecen las coordenadas del protagonista y sus rasgos esenciales, sigue *El diablito y el ángel*, ambientado en la ciudad de Pamplona. En este texto, Triunfo Arciniegas introduce a Barrabás, "un ángel despeinado que volaba alrededor de un árbol", pues "lo habían amarrado de un pie por recortarle[s] las alas a los otros ángeles". Barrabás es antípoda y, al mismo tiempo, complemento de Serafín, por lo cual no es de extrañar que entre ambos personajes se establezca una corriente de simpatía que deviene profunda amistad. El autor juega con la paradoja, elemento tan cercano a su universo creativo, cuando pone en boca de sus criaturas diálogos que ayudan, de manera sutil, a caracterizarlos:



—¿Por qué te haces llamar Serafín, como si fueras un ángel?

—Para despistar, compadre. ¿Por qué te llamas Barrabás?

—Sólo para impresionar, compadre.

Ángel y diablo se dedican a hacer travesuras e intercambian sus habilidades: "El ángel le enseñó al diablito a tocar el arpa para que le ayudara en las parrandas cuando le dolían los dedos, y aprendió el poco angelical oficio de matar moscas con las alas". Así mismo, visitan los espacios que le son propios a cada uno: en la casa de Barrabás, que parece de algodón, todos tocan el arpa pero

no hay aguardiente; en el hogar de Serafín, resulta demasiado caluroso, sobre todo porque allí no existen ni la Coca-Cola ni los ventiladores. No es de extrañar, entonces, que ambos regresen gustosos a Pamplona, donde pueden proseguir libremente sus andanzas y ser amigos sin necesidad de ponerse alas o cachos falsificados, para no despertar el enojo de familiares intransigentes que no aceptan de buenos modos las diferencias.

El amor es un motivo que se reitera no sólo en las narraciones de este libro, sino en varias de las producciones anteriores de su autor. Serafín y Barrabás resultan personajes no sólo enamoradizos, sino capaces de despertar encendidas pasiones. No es de extrañar, entonces, que en el cuento titulado *El dragón de Chíchira* Serafín se prende de Pepita Lunares en el instante mismo en que la conoce, pues "el rayo verde de sus ojos le atravesó el corazón", ni que en *La viuda de López* el diablito sea víctima de algo parecido al acoso por parte de una señora que "usaba vestidos ceñidos y zapatillas doradas, collares extravagantes y una cartera de piel de cocodrilo repleta de caramelos para los niños que le informaran del paradeo de su esquivo enamorado". El tema del amor se desarrolla también en *Luna de miel*, donde Serafín, a la usanza de los viejos poetas y trovadores, enloquece por la luna y sólo con la ayuda del ángel supera su crisis sentimental, donde no faltan las consabidas canciones de despecho.

Arciniegas no pierde la oportunidad que se le presenta para reescribir, a su manera, la vieja historia de *Los tres pelos del diablo*. En su versión, un grupo de vecinos de Pamplona acude todas las tardes a la casa de Serafín, cuando éste duerme la siesta, para pedirle que les regale algunos de sus pelos con el propósito de resolver problemas de variada índole (darle una prueba de amor a una joven, deshechizar a un novio convertido en sapo por una bruja, para salvar del sonambulismo a una muchacha). El temor de Serafín es terminar convertido en un diablo pelón. El contrapunteo sutil que

se establece entre el diablo original (el de los hermanos Grimm) y el diablito generoso y colaborador, siempre dispuesto a ayudar en la resolución de conflictos ajenos, resulta altamente significativo.



Serafín es un diablo oscila entre lo hilarante y lo poético, entre el costumbrismo y lo fantástico, con notable soltura y creatividad. Las situaciones, humorísticas por descabelladas, se suceden, remitiéndonos a las viejas leyendas o aludiendo a paisajes y circunstancias de la cotidianidad: Felisberto, el dragón de Chíchira, desespera por librarse de la desagradable princesa que tiene secuestrada por error; al ángel Barrabás le roban las alas en un hotel de mala muerte y Serafín las recupera en la Plaza del Chorro de Quevedo; el diablo y Pepita Lunares deciden casarse en camino del cerro de Monserrate.

Ni el propio autor se salva de convertirse en materia de chistes. "¿Sabes que vas a ser más famoso de lo que eres?", dice Pepita a su prometido en el pasaje final del cuento que cierra el libro, y le comenta: "Las muchachas van a empezar a pedirte autógrafos en la calle. Alguien escribe un libro sobre ti". A lo que responde Serafín: "Un tal Arciniegas. Eso me dijeron".

Más a gusto en Pamplona, Bogotá o los caminos colombianos que en un infierno y un cielo que, por tradicionales, resultan estrechos y asfixiantes para su vocación de tras-

humantes y pícaros, los personajes que convoca la imaginación de Triunfo Arciniegas nos hacen partícipes de una particular noción de poesía muy ligada a las tradiciones y costumbres de los pueblos. Así, al concluir la serie de relatos, ni el diablo Serafín es tan satánico ni el ángel Barrabás es tan seráfico, ambos se han humanizado —para disgusto de sus antecesores—, apropiándose de virtudes y defectos de los individuos que los rodean. Con este título se enriquece y diversifica la literatura juvenil de Colombia, que tiene en su haber títulos tan significativos como *La prisión de honor*, de Lyll Becerra de Jenkins; *Paso a paso*, de Irene Vasco, o *Galería de piratas y bandidos de América*, de Gonzalo España. A las historias de corte realista, testimonial e histórico, se suma el hálito festivo y humorístico de *Serafín es un diablo*.

ANTONIO ORLANDO
RODRÍGUEZ

Referencia obligada en historia regional Caribe

Historia de Sincelejo.

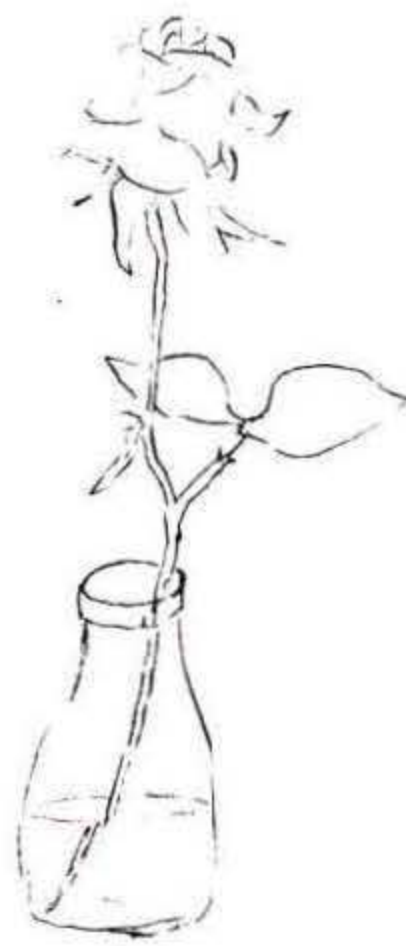
De los zenúes al Packing House

Edgardo Támara Gómez

Impreandes Presencia, Bogotá, 2.^a ed., 1997, 232 págs., il.

Con una primera edición en agosto del mismo 1997, este libro está cruzado por el drama personal vivido por el autor, que es el mismo de muchos compatriotas que se atreven a pensar y expresar una tercera opción política para este país. Amenazado por alguno de “los bandos fundamentalistas” que imponen mediante el terror sus evangelios, Edgardo López Támara se “refugió” en lo único que sabe hacer como profesor universitario: docencia e investigación.

Diecinueve meses de pesquisas en los fondos del Archivo General de la Nación, en el del Congreso Nacional y en las hemerotecas de la Universidad de Antioquia, la Biblioteca Nacional y la Luis Ángel Arango le proporcionaron la información que, combinada con una minuciosa consulta bibliográfica, le permitieron materializar una idea que rondaba la cabeza del autor desde cuando comenzó a estudiar la licenciatura en historia en la Universidad del Valle: una historia del terruño: Sincelejo. Pero una historia que revisara de manera crítica las diferentes hipótesis sobre el origen de esta ciudad y describiera las transformaciones de la población comenzando por su olvidada y deformada historia indígena hasta el momento en que este centro urbano alcanzó su perfil actual; es decir, alrededor de 1920.



Estos planteamientos, desarrollados a través de doscientas treinta y dos páginas, le permiten al autor anunciar una segunda parte, en elaboración, sobre el Sincelejo del siglo XX, y un tercer texto que permita entender, desde la perspectiva histórica, la situación actual, en los aspectos económico y social, del departamento de Sucre.

Ocho capítulos integran el cuerpo de la obra. Los tres primeros —“Un nombre en busca de autor”, “¿Y quién fue don Alonso de Padilla” y “Los misterios de Sincelejo”— transitan por la hermenéu-

tica documental y la confrontación con las hipótesis, que más bien tienen sabor de leyendas, acerca del origen de la ciudad en un tal Francisco de Sincelejo y un presunto cacique Chincelejo. La clave para enfrentar todas estas versiones y construir una hipótesis ajustada a la realidad histórica la encuentra el profesor Támara en el fondo Encomiendas, con el registro de un pleito de encomenderos en el contexto de una Visita de Naturales, en 1573, entre Juan de Heredia, hijo legítimo del adelantado Pedro, y Antonio de Ludena.

Despejados estos asuntos, el texto comienza describiendo el poblamiento de Sincelejo y toda la región que desde el período colonial fue llamada Sabanas de Tolú y Corozal. Ese proceso poblador tiene en cuenta la presencia indígena zenú antes de la llegada de los españoles y la declaración del cacique Çinçe, en el mencionado pleito, del cual se establece que en el actual territorio de lo que hoy es Sincelejo existían tres pueblos indígenas: Sincelejo, Chocho y Toace, Repartidos en encomienda, el primero de ellos fue entregado a don Cristóbal Rodríguez Peñate, primer encomendero de dicho pueblo de indios.

La descripción del poblamiento se realiza con detalles y comprende tanto los elementos económicos, sociales y políticos de los indígenas y españoles como los de su vida cotidiana y su cultura material. A ello está dedicado el capítulo cuatro, “Reconstrucción de Sincelejo en el siglo XVI”, en donde la narración va mostrando cómo el pueblo se extingue al sufrir sus indios tributarios la reducción al pueblo de Sampedo, en el marco de la política española aplicada por el visitador real Juan Villabona y Zubiarre, en 1611. Al quedar el *sitio* despoblado, es decir, convertido en tierras vacas o vacías, éstas fueron sometidas a remate por el cabildo de la villa de Tolú y entregadas como mercedes de tierras para el establecimiento de estancias y hatos ganaderos. Comenzó a prosperar y a expandirse una economía sustentada con actividades agro-